

Por el Magdalena

Santiago Galvis
Antropólogo
Universidad Nacional de Colombia
Correo: santiagoestaaqui@yahoo.com

El Carare y el espacio social Una aproximación al proceso histórico social de la construcción del territorio

“El Carare” and the social space An historical and social approach of the process of territory production

Recibido el 26/05 y aprobado el 21/09
Maguaré 19-2005, págs. 167-183, © Departamento de Antropología.
Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Resumen

Este artículo analiza la relación que surge entre la comunidad del corregimiento La India, en la cuenca del río Carare, y el espacio físico que esta habita, entendiéndola como un fenómeno donde intervienen factores históricos, políticos y sociales. Recurriendo al trabajo de campo, este documento muestra como las acciones políticas, militares, los avances tecnológicos y el imaginario colectivo son capaces de transformar las nociones del territorio como elementos indispensables en su edificación.

Abstract

This article analyzes the correspondence between the community of *Corregimiento La India* -that is located in the Carare river basin-, and the physical space they dwell in, as a phenomenon where historical, political, and social issues take part. Supported on the field-work, this paper attempt to clarify the process in which political and military actions, technological advances and collective imaginary transform territorial notions and the territory itself.

Palabras clave: territorio, espacio, frontera.

Key words: territory, space, boarder.

“¿Y ustedes trajeron algo del Chocó?
 Trajimos de todo, trajimos chontaduro, trajimos pacó,
 bacao, caimito, almirajó, trajimos ñame, árbol del pan.”
 Diálogo con Doña Ruperta, La India Santander

Presentación

Cualquier sociedad que históricamente ocupe y utilice una geografía determinada, construye necesariamente, un vínculo especial con ese entorno que le sirve como refugio, fuente de reproducción y referente simbólico. La relación que surge entre los individuos y su espacio hace parte de un proceso constante de delimitación, integración y transformación de los lugares que le dan sentido al quehacer de las comunidades.

El presente artículo se aproxima al caso concreto de la comunidad de la cuenca alta del río Minero Carare (que de ahora en adelante llamaré sólo Carare), en el Magdalena Medio santandereano (ver Figura 1), y a la relación que han establecido con su espacio, entendiéndola como la construcción del territorio. Es un intento por comprender los factores que contribuyen a significar el espacio físico y de qué manera, éste también determina a



Figura 1. Cuenca alta del río Minero Carare

Fuente: IGAC (Modificado por el autor)

quien lo ocupa. Resalta la necesidad de comprender el territorio como un producto artificial e histórico (Fajardo, 1996; Grimson, 2003), pero también dinámico, móvil y siempre inacabado; como espacio material y simbólico que requiere la producción de límites (García, 2003:47).

En esa búsqueda por comprender el proceso histórico y sociológico que le da forma al territorio, aparecen factores que enriquecen el debate y que muestran la multiplicidad de enfoques desde dónde construirlo: como producto de la colonización, como resultado de la confrontación armada, como un proyecto socio-político. Como multiplicidad, el territorio debe ser comprendido a partir del significado que le dan las comunidades y los individuos.

En este artículo se abordan estas problemáticas a partir de un esquema cronológico que busca ofrecer al lector una mirada histórica del proceso de colonización y construcción del territorio a partir, principalmente, de la influencia de diversos actores armados. En primera instancia se analiza el proceso de colonización y establecimiento así como el surgimiento de los primeros poblados en el Carare; luego se aborda el impacto de la aparición de las guerrillas revolucionarias, principalmente las FARC, y como ésta influyó en la relación de los colonos con su espacio. Continúa el artículo con una mirada sobre las implicaciones de la política gubernamental contrainsurgente y la posterior aparición de las autodefensas, entendidas como estrategias de control territorial y simbólico. Finalmente, se ocupa del proyecto político-social de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare, concibiéndolo como una iniciativa local de reivindicación y pacificación que le permitió al Carare, y a su población, modificar los referentes políticos y sociales que sobre ellos existían.

Este documento se basa en mi trabajo de tesis de antropología "*Colonización y construcción de territorio en el Carare*" (Galvis, 2004) y busca mostrar los principales temas que allí se manejan. Dejando de lado la rigurosidad histórica y metodológica, las siguientes líneas ofrecen al lector un panorama de los resultados de la investigación que realicé, junto con otros compañeros de la Universidad Nacional de Colombia, en el corregimiento de La India (Magdalena Medio santandereano) y sus veredas aledañas. Cabe agregar que sin el apoyo de la comunidad y de la ATCC, este trabajo no hubiera podido realizarse.

Colonización y territorio.

La exacerbación de la violencia bipartidista de los años cincuenta del siglo XX y su fuerte tendencia a convertirse en un conflicto eminentemente rural, generaron un fenómeno de mi-

gración campesina hacia las zonas de frontera interna: regiones que surgen dentro de los territorios nacionales como espacios no integrados a las dinámicas de la sociedad mayor (Fajardo, 1996; García, 2003; PNUD, 2003). Como parte de esta mecánica, el Magdalena Medio recibió una gran cantidad de personas provenientes de Antioquia, Chocó, Tolima, Santander, Boyacá y Cundinamarca principalmente, con intenciones de “tumar monte” y “establecer finca” (Murillo, 1994:24); por lo general, hombres solos quienes después de hacer la primera tumba construían un rancho dónde guarecerse para iniciar, el asentamiento definitivo, el mejoramiento de la vivienda y la búsqueda de una mujer con la cual fundar familia (en el caso de que ya la tuvieran, la traían desde el lugar de origen).

Si bien el Magdalena Medio había sufrido anteriormente otros procesos de colonización y ocupación, es importante aclarar que para el caso del Carare, fue la violencia bipartidista de mediados del siglo XX la que convirtió la migración y colonización en fenómenos recurrentes. Desde el siglo XVII el tramo del río Carare que desciende desde el altiplano cundiboyacense hasta el valle del Magdalena, había servido como ruta de comercio e intercambio de bienes y mercancías (Ramos, 2000; Olave, 1999); luego, durante el siglo XIX, gran parte del Magdalena Medio advirtió la aparición de estancias agrícolas dispersas y el aumento de la población como consecuencia de la construcción de ferrocarriles y el establecimiento de enclaves petroleros. Sin embargo, estos procesos no significaron un fenómeno de colonización sistemática para el Carare como si lo fueron para el resto del Magdalena Medio; fueron los nodos comerciales de Puerto Berrío y Puerto Boyacá y sus alrededores, los que acapararon el grueso de la colonización y fueron, por lo tanto, su epicentro.¹ (Alonso, 1997; Murillo, 1994).

Si tenemos en cuenta que los primeros colonos del Carare llegaron huyendo de la pobreza y de la violencia, podemos afirmar que en esa búsqueda de nuevas tierras empezaron a construir una relación con el espacio. Incluso antes de ser ocupada, esta región de selvas, ríos y montañas fue concebida como *espacio refugio*: la gente pobre iba tras oportunidades de reproducción socioeconómica, otros, tras un escondite que les garantizara protección del agitado ambiente político de entonces. El testimonio de un habitante del Carare, consignado en el libro de Alejandro García *Los hijos de la violencia* (1996) recoge esta idea: “Yo no entendía de política, pero como había metido voto por Gaitán tuve que salir huyendo cuando oí a un señor en Puerto Araujo: ¡Liberales, váyanse al monte, que en el monte está la salvación de ustedes, liberal que cojan lo pelan” (García, 1996:37).

¹La colonización del Magdalena Medio requeriría un capítulo aparte. Podemos referirnos a los avances conquistadores del siglo XVI, a las rutas comerciales de la colonia, a los enclaves petroleros y al auge de los ferrocarriles como fenómenos asociados a la colonización de esta región de Colombia. Al respecto pueden verse los trabajos de Ramos (2000) y Olave (1999) sobre la colonia y el siglo XIX o la investigación de Reyes (1986) sobre la Concesión de la provincia de Mares, así como las aproximaciones de Martínez (1996, 1997) sobre la historia de las provincias de Vélez y Mares, entre muchos otros.

La colonización del Carare significó un paulatino proceso de integración de zonas aisladas a un espacio regional que continuó marginado de las dinámicas capitalistas del centro nacional. Como periferia, el Carare construyó unas estructuras sociales y culturales distintas y a partir de allí surgió como un territorio singular dentro del Magdalena Medio. (Alonso, 1997; Murillo, 1994).

A partir de la década de los sesenta la apertura constante de nuevos frentes de colonización y la llegada de más campesinos como trabajadores independientes y jornaleros, permitió la intensificación de la integración físico-espacial. El surgimiento de focos urbanos como Santa Rosa y La India, y la construcción de trochas y caminos permitieron un mayor grado de comunicación; el río Carare, principal vía de comunicación, dejó de ser el único medio para introducir y sacar mercancías, tras lo cual se diversificó el mercado local y se ampliaron las oportunidades económicas (García, 1997).

Esta transformación se asemeja a un fenómeno de domesticación de lo salvaje en dónde la comunidad cambió gradualmente la concepción que tenía de su territorio. Logró, con el pasar de los años y el empleo de nuevas tecnologías, domar una geografía inhóspita para adaptarla a sus necesidades; y también recurrió a un proceso de reconocimiento de los lugares que surgían como referencia, creando una toponimia colectiva de los puntos comunes en la geografía.

La motosierra por ejemplo, fue un instrumento que modificó drásticamente el paisaje de una amplia porción del Carare, pues su introducción aceleró la explotación de los recursos forestales. El paisaje selvático predominante en la mayoría de la región, dio paso a grandes extensiones de pastos ganaderos y a la introducción de un nuevo tipo de economía. Los testimonios recogidos en el trabajo de grado que sustenta este documento, hablan de un pasado abundante de especies forestales y animales, en oposición a un presente donde la madera, los peces y la carne de monte se han ido agotando. Esto sin lugar a duda, evidencia un cambio en la concepción del entorno, principalmente en lo referente a lo que éste puede ofrecer. El pasado, asociado a la exuberancia y abundancia, fue sustituido por un presente donde predomina la escasez.

De esta manera, el proceso de colonización y establecimiento en la cuenca del río Carare, significó el surgimiento de una relación entre la comunidad y el espacio; primero como un lugar vacío pero lleno de oportunidades (materiales, económicas y sociales), luego como una geografía inhóspita y salvaje que a la postre fue dominada; las tecnologías y la elaboración de referentes colectivos contribuyeron a ello. (Galvis, 2004).

La subversión y el Carare

La violencia de los años cincuenta no sólo influyó en el proceso de poblamiento antes descrito, también fue causante directo del surgimiento de grupos subversivos que buscaron las zonas de frontera interna como espacios de reproducción socio-política. La guerrilla de las FARC, fundada a mediados de la década de los sesenta en el sur del Tolima, hizo presencia directa en una amplia región del Magdalena Medio y su influencia se sintió fuertemente en el Carare.

Una de las consecuencias del conflicto socio-político de los años cincuenta, fue la consolidación de las llamadas guerrillas liberales como poderes armados de autodefensa que buscaban protegerse de las agresiones oficiales y de los terratenientes, principalmente, en regiones de frontera y colonización (Medina, 1990: 122). Durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla (1953 – 1957), estos grupos fueron acogidos por una amnistía cuyo fin fue el de desarticularlos; sin embargo, paralelo al diálogo se desarrolló una estrategia de represión contra algunos de ellos, obligándolos a resguardarse y a permanecer en la clandestinidad como oposición armada al Estado (Medina, 1990: 123).

El pacto del Frente Nacional, entendido como un proyecto de la clase dirigente que calmó el ambiente político pero que olvidó la crisis social, acercó a los sectores radicales alternos al bipartidismo y a los restos de las desintegradas guerrillas liberales. De ese encuentro surgieron las guerrillas de tendencia comunista que se instalaron en regiones donde la presencia del Estado era mínima, la inequidad agraria marcada y el descontento social recurrente (PNUD, 2003; Pizarro, 1996). Simultáneamente fue apareciendo una doctrina revolucionaria en algunos sectores urbanos, esto debido al triunfo de la revolución cubana, y a la adopción de discursos radicales provenientes del exterior.

En el Carare se integró ese sentimiento revolucionario proveniente de las ciudades con los restos de la violencia rural de los años cincuenta. Sectores aledaños como Cimitarra y Puerto Boyacá alojaron movimientos de izquierda que iniciaron la consolidación de una base social sólida, que pronto les permitió dominar el panorama político de esta porción del Magdalena Medio. El Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), la Unión Nacional de Oposición (UNO), la Alianza Nacional Popular (ANAPO) y el Partido Comunista Colombiano (PCC), se convirtieron en los referentes electorales y tras ellos, las FARC incursionaron como una guardia civil que reemplazó al Estado en sus funciones básicas de prestar seguridad y justicia.

A partir de la década de los setenta, las FARC iniciaron una estrategia de desdoblamiento militar y político a lo largo de la cuenca del río Carare. Sus acciones estaban dirigidas a fortalecer

²En la década de los setenta el PCC, apoyado en las FARC, logró dominar los consejos municipales de Cimitarra, Puerto Boyacá y Puerto Berrío. (Medina, 1990:135-137)

³Tanto en este documento como en el trabajo de grado, los nombres de quienes dieron sus testimonios no aparecen consignados por determinación del autor. En este caso se trata de una mujer de unos 55 años que vive en el corregimiento de La India.

los vínculos con la comunidad, ampliar su dominio territorial y penetrar las instituciones políticas.²

El siguiente testimonio recogido durante la investigación en el corregimiento de la India, deja ver como las FARC lograron compenetrarse con sus habitantes, convirtiéndose en parte importante de su cotidianidad:

Cuando eso la guerrilla pues andaba libremente, eso fue por ahí en el 75. A nosotros nos reunía cada quince días la guerrilla, nos enseñaba eso lo que era el marxismo leninismo, el comunismo. A mi me tocaba leer, lo poco que yo podía explicar, yo le explicaba a los campesinos, me veían la capacidad que yo tenía de leer los libros esos. [...] Ellos eran nobles con el campesino, incluso tengo mucho que agradecerle a muchos de ellos: cuando yo me veía enferma me daban droga (Testimonio de habitante de la India en Galvis, 2004:61).³

La presencia de la guerrilla y su aparente aceptación por parte de la comunidad proyectó, ante las instituciones del Estado, la imagen de que el Carare era una región principalmente subversiva. Su población fue estigmatizada y considerada como auxiliares de las FARC. Si bien es claro que existía un apoyo, éste fue el resultado del abandono institucional y de la aparición de un ejército paralelo, que en cierta medida defendía los intereses de los campesinos y se imponía con la ley de las armas.

El imaginario colectivo construyó una tipología de la comunidad a partir del dominio militar que ejercía la guerrilla, dejando de lado una serie de características que definen a la población desde lo cultural o lo social. En ese sentido, considero que el territorio, como un producto político-militar derivado de las acciones de las FARC, fue capaz de significar a toda la población del Carare, rompiendo un poco la reciprocidad que debe existir entre la representación del espacio y quien lo ocupa.

Si bien la guerrilla contribuyó a la construcción del paisaje con la demarcación de parcelas y con la prohibición de explotación de los recursos naturales, no fue el único elemento que participó en la consolidación de un territorio histórico. La comunidad fue un actor recurrente, pues fueron ellos quienes continuaron transformando y enriqueciendo el espacio físico y social: introdujeron alimentos, plantas, recetas, técnicas de cultivo y formas arquitectónicas de lugares diversos como el Chocó, Santander y Tolima. Sin embargo, para el Estado, prevaleció la imagen de región subversiva y se valió de ese imaginario para retomar el control social, político y militar.

El papel de las Fuerzas Armadas

El apoyo que tenía la guerrilla en varias zonas del Magdalena Medio entre las que se incluye el Carare, disminuyó gradualmente a partir de la segunda mitad de la década de los setenta. El desdoblamiento de sus frentes y el aumento de la presión sobre la población civil derivó en contradicciones político-económicas que acabaron en una crisis interna de la organización; mientras que unos mantuvieron su política de fortalecimiento de la base social, los otros optaron por el secuestro, el abigeato y el asesinato como mecanismos de financiamiento e intimidación (Medina, 1990).

La arremetida de las FARC en contra de campesinos y ganaderos generó su salida hacia otras regiones del país y por ende el abandono de sus tierras. A medida que los grandes capitales se alejaban de la región, la presión de la insurgencia se trasladó a los pequeños campesinos que se empleaban en labores agrícolas y explotación de maderas. Esta situación desarticuló las relaciones de la guerrilla con la comunidad del Carare y permitió la entrada de discursos contrainsurgentes, provenientes de los sectores más golpeados por las acciones de las FARC.

Las primeras muestras de una política anitsubversiva las dio el Ejército Nacional a través de medidas que buscaron controlar a la población civil. En 1975 se implantó el racionamiento de alimentos y el carné de tránsito libre como estrategias de desarticulación del vínculo entre guerrilleros y civiles; se trataba de una restricción en la cantidad de víveres que podía transportar cada persona y en la posesión obligatoria de un documento que debía ser revalidado por el comandante del batallón Rafael Reyes de Cimitarra, cada cierto tiempo. Estas acciones, sin embargo, afectaron a la comunidad pues fueron ellos quienes sufrieron su rigor y consecuencias directas (García, 1996:91; Galvis, 2004:66; Medina, 1990). Un campesino de la India expresa lo que para él significó el carné de tránsito libre y en general, las medidas adoptadas por el Ejército en aquel entonces:

En ese tiempo que yo vine acá (1978) regia aquí un carné de tránsito libre, ese era un carné para poder transitar por la región, eso lo pedía el Ejército. Tenía que ir a sacarse cada quince días, cada veinte días, ese era una forma de saber el Ejército que gente había acá en la región y que hacía más o menos. Y también la guerra sicológica, para detectar donde vivía cada persona, que relación había entre el campesino y la guerrilla, en ese tiempo aquí había guerrilla. Eso era un problema, eso (el Ejército) castigaban a la gente, lo llevaban le quitaban

⁴A partir de 1978 el Estado colombiano, en cabeza de Julio Cesar Turbay, asumió la lucha política y armada como una confrontación enmarcada en la dicotomía internacional de la guerra fría: o se era comunista o se era demócrata. La Doctrina de Seguridad Nacional sirvió de estrategia para desarrollar las acciones oficiales en contra de sectores que simpatizaban con la izquierda; sindicalistas, campesinos, estudiantes y militantes insurgentes se convirtieron en el blanco del gobierno Turbay entre 1978 y 1982.

la camisa, lo dejaban al sol o lo pateaba. (Testimonio habitante de La India, material de campo. Entrevista N° 6, 23 de octubre de 2003).

Las estrategias oficiales de control sobre la población y sobre su libre movilización, significaron el resquebrajamiento, no sólo de las relaciones comunidad-guerrilla, sino también de muchos de los vínculos tradicionales que mantenía la población en el Carare. La presencia constante de dos ejércitos implantó sentimientos de desconfianza e incertidumbre dentro de los mismos campesinos. Las acusaciones respecto a la colaboración con uno u otro grupo obligaron a mucha gente a huir y dejar sus tierras, desarticulando de paso, parte del sistema productivo y el tejido social de la región.

Esta etapa del conflicto armado cambió algunas de las concepciones acerca de quién ejercía el dominio territorial en el Carare. Para las Fuerzas Armadas pasó de ser un fortín guerrillero a un espacio de lucha dentro del discurso bipolar *democracia comunismo*.⁴ Para la comunidad continuó siendo su espacio vital de reproducción con el atenuante de haberse convertido en campo de batalla. Este desorden en las estructuras de poder locales modificó el proceso de construcción del territorio: alteró formas tradicionales de trabajo y producción (las restricciones impidieron el libre tránsito de productos) e incentivó el abandono de tierras y cultivos (Medina, 1990; García, 1996).

La doctrina contrainsurgente y la lucha explícita por el control territorial.

Las incursiones de las Fuerzas Armadas pueden entenderse como la punta del iceberg de las acciones que generó la doctrina antisubversiva en el Carare y el Magdalena Medio, pues fue la aparición de ejércitos privados dedicados exclusivamente a combatir a la guerrilla, lo que dejó ver todo el andamiaje de la política contrainsurgente.

La decisión político-militar del Estado de retomar el control del Magdalena Medio, coincidió con la iniciativa de conformación de grupos de autodefensa por parte de sectores civiles: campesinos, ganaderos, empresarios y gremios económicos. A principios de 1982 el alcalde militar de Puerto Boyacá, el diputado Pablo Emilio Guarín, directivos de la Texas Petroleum Company, mandos del Batallón Bárbula (Puerto Boyacá) y algunos ganaderos y hacendados, se reunieron para diseñar una estrategia de guerra con el único fin de exterminar a las FARC y a sus colaboradores civiles del Magdalena Medio (Medina, 1994:89). Como resultado de ésta, nacieron ejércitos privados encargados

⁵Si bien estos grupos se encargaban de las acciones extralegales que el Ejército supuestamente no podía realizar por encontrarse atado al derecho, muchos testimonios y no menos bibliografía apuntan a señalar a la XIV brigada de Puerto Berrío, como responsable de maniobras de guerra sucia en el Magdalena Medio. Ver Bonilla 1994; Medina 1990, 1996; García 1996; Galvis 2004.

⁶ Carlos Medina (1990) hace una distinción inicial entre grupos de Autodefensa y Paramilitares. Mientras que los primeros surgieron como organizaciones campesinas legales cuyo único fin era defenderse de los ataques guerrilleros, es decir como una guardia rural; los otros nacieron como un apéndice de las fuerzas armadas y se encargaron de las acciones extralegales. Actuaban como la "carne de cañón que limpiaba el terreno" para el ingreso del Ejército. Es difícil, sin embargo, hacer una separación clara entre estos grupos ya que muchos de los ideales iniciales se fueron perdiendo en las dinámicas de la guerra, con la entrada del narcotráfico y con la búsqueda de un status político.

del trabajo *sucio* y las tácticas de combate no convencionales, apéndices de las Fuerzas Armadas pero carentes de toda responsabilidad legal.⁵ (Murillo, 1994:166).

Durante la primera mitad de la década de los ochenta, la expansión de los grupos paramilitares y de autodefensa⁶ provocó el aniquilamiento de una importante fracción de la izquierda, principalmente en los municipios de Cimitarra, Puerto Boyacá y Puerto Berrío. Campesinos, sindicalistas y líderes de la UNO y el PCC, se convirtieron en el blanco de las acciones de la guerra sucia, debilitando el control político y territorial que ejercían las FARC en el Magdalena Medio.

La incursión paramilitar definitiva en el Carare se realizó en la aldea La Corcovada, región semimontañosa en el noroccidente de la cuenca, considerada por la guerrilla como un refugio histórico y estratégico. Existen dos versiones acerca de este ataque: la oficial sostiene que fue una maniobra estrictamente militar sin la colaboración de elementos externos; y la de la comunidad afirma que se trató de una avanzada paramilitar con posterior apoyo del Ejército. Ambas, sin embargo, coinciden en que fue un ataque abierto contra el dominio de las FARC en la región. La crónica de un periódico antsubversivo de Puerto Boyacá, deja ver la imagen que se tenía de este espacio antes de la incursión:

Poco a poco las fuerzas oficiales fueron tomando posiciones para adueñarse de la Corcovada, un inexpugnable punto rojo desde donde se irradiaba la acción [guerrillera] a otros puntos del Magdalena (Puerto Rojo, noviembre de 1983 en Medina, 1990:182)

La estrategia de los grupos antsubversivos consistió en la “tierra arrasada”. Una vez hecha “la limpieza” en Puerto Boyacá sus acciones se proyectaron sobre las áreas limítrofes de los departamentos de Antioquia, Caldas, Cundinamarca y Santander; en los corregimientos y veredas de los municipios de Yacopí, Cimitarra, Puerto Nare, Puerto Berrío y Dorada. (Medina, 1990:90). Su accionar se asocia con una concepción del territorio que ocupaban y es el de considerarlo como tierras libres, en paz y aptas para el progreso; como espacios inscritos en la democracia, el orden y la ley (dentro del esquema bipolar democracia–comunismo) caracterizados por la ausencia de expresiones políticas, militares y sociales antagónicas.

La imposición del imaginario de territorio que tenían los grupos antsubversivos, significó para la población la sicotización de la vida cotidiana, el rompimiento de lazos tradicionales de solidaridad y el abandono definitivo de grandes porciones de tierra dentro de las dinámicas de la guerra. Las amenazas, torturas y asesinatos cometidos por paramilitares, guerrilla y Ejército

debilitaron el tejido social que históricamente se había construido en el Carare y la relación de su comunidad con su entorno. Aparecieron una nueva gama de espacios prohibidos, asociados al miedo y al terror que causaban los grupos armados; otros al ser abandonados recobraron ese estatus de territorios inhóspitos y desintegrados; se abrieron nuevos caminos para evitar los campos minados y las confrontaciones; los pueblos, como en el caso de La India, aumentaron su tamaño debido a los desplazamientos masivos; el paisaje, en cierta medida, se definió a partir de dinámicas bélicas y de poder.

La situación particular en la que se vio envuelto el Carare muestra un escenario donde la maquinaria armada paramilitar chocó directamente con las fuerzas guerrilleras de las FARC. Ese desafío militar implicó el enfrentamiento de dos concepciones y usos del territorio que en ciertos momentos llegaron a sobreponearse, pues a diferencia de otras zonas del Magdalena Medio, en el Carare la guerrilla no fue expulsada por completo.

A partir de ahí la lucha armada y explícita por el control físico del territorio, ésta estuvo acompañada de una estrategia por dominar los imaginarios individuales y colectivos acerca de quién ejercía el poder local. Esta región dejó de ser concebida, de manera general, como un lugar subversivo para convertirse en un referente del paramilitarismo en Colombia. El problema de estas caracterizaciones fue que perdieron todo sentido histórico, esencializando a la comunidad a partir de la presencia de los grupos armados. En el Carare esta situación generó tensiones, pues la amplia cuenca del río sirvió de frontera móvil entre los espacios que ocupaban las FARC y las autodefensas; y fue esa particularidad la que desató el extremado clima de violencia que sacudió a La India y sus veredas aledañas a lo largo de la década de los ochenta.

La ATCC y su concepción de un territorio de paz.

A fines de la década de los ochenta, más exactamente en 1987, la comunidad de La India y algunas de sus veredas cercanas, conformaron la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC): una iniciativa socio-política enfocada a romper la dicotomía del conflicto que vivía la región. Desde una posición civil y rechazando todo tipo de acción armada, le exigieron a los comandantes guerrilleros y a varios mandos militares, les respetaran el derecho a la vida y al trabajo por encima de cualquier confrontación bélica. La iniciativa fue bien recibida y en poco tiempo logró reunir a campesinos de la mayoría de veredas de la cuenca alta del Carare, así como también a instituciones gubernamentales y no gubernamentales (ONG) entusiasmadas con el proyecto (PDI, 2003).

⁷En 1990 la junta directiva de la ATCC fue asesinada en Cimitarra por grupos paramilitares.

La disminución considerable del conflicto armado y el hecho de que la propuesta fuera eminentemente campesina (es decir hecha por los campesinos para sí mismos) atrajo a muchos de aquellos que habían huido por la violencia, permitió el desarrollo de nuevos proyectos productivos y quizás lo más importante, le devolvió a la comunidad la tranquilidad y el sentido de pertenencia por su tierra.

La estrategia de la ATCC, sin embargo, no consistió en una expulsión total de los grupos armados, sino que fue más una declaratoria de *neutralidad*; se trató de una desarticulación de los lazos que históricamente habían establecido con ellos y un reconocimiento como comunidad autónoma de las presiones armadas. De hecho, ni guerrilla ni paramilitares abandonaron la región por completo e incluso perpetraron acciones aisladas y de intimidación contra la comunidad y la Asociación.⁷ Ésta, sin embargo, mantuvo su posición y continuó con su interés de generar desarrollo integral para la región y sus habitantes.

La aparición de la ATCC significó una reconstrucción de la noción del territorio. Reconstrucción porque de alguna manera se retomaron nociones y principios abandonados durante la época de La Violencia. El Carare fue de nuevo visto como tierra de progreso y desarrollo socioeconómico, como escenario de protección frente a la persecución de grupos armados, como espacio que garantizaba la protección de la vida; en pocas palabras, restableció su carácter de *territorio refugio* y *territorio de oportunidades*.

La noción que existía de la gente del Carare también cambió con la aparición de la ATCC; los galardones obtenidos por la Asociación⁸ proyectaron una imagen de comunidad organizada, comprometida con un proyecto civil de paz y desarrollo, que además, compartía una ideología de negación a la opción armada. El espacio físico y la sociedad que lo habitaba adquirió el rótulo de pertenencia a la ATCC y éste le sirvió de referencia hacia un afuera que desconocía su realidad histórica y cultural.

La comunidad de La India, al igual que lo habían hecho los grupos armados, congregó un espacio geográfico en torno a un proyecto político. Toda la microcuenca alta del Carare, incluidos dos corregimientos y cerca de treinta y cinco veredas⁹ convirtieron el esquema jurídico administrativo en una herramienta para determinar cuál era el área de influencia de la ATCC. El territorio que ocupaban pasó a concebirse como autónomo frente a las posiciones que querían imponer guerrilla y paramilitares; y el proceso, a adquirir el rótulo de gesta, generando un punto de quiebre en la historia local. El imaginario colectivo fraccionó su pasado en un antes y un después de La Violencia, y en ese ejercicio, lo transformó

⁸La ATCC fue galardonada con: el *Right Livelihood Award* otorgado por el gobierno sueco en 1990, el reconocimiento de las Naciones Unidas *We the people, fifty communities* en 1994 y la orden *Luis Carlos Galán Sarmiento* de la Asamblea de Santander en 1999.

⁹Existe una confusión entre el número de veredas reconocidas por el IGAC (catorce) y los sectores organizados que se definen en el PDI (treinta y seis). Para este trabajo se tiene en cuenta el segundo criterio. (ver PDI, 2003:26)

en una herramienta político-social para el presente. La estrofa de una canción, recogida durante el trabajo de campo en La India es clara al respecto: “Colombia tiene un distrito de paz, La India es su capital; donde la sangre se vio derramar, hoy podemos vivir en paz.” (Testimonio, habitante de la India en Galvis, 2004:82).

El surgimiento de este *territorio de paz*, asociado a la actividad político-social de la ATCC y a la de los habitantes vinculados a ella, constituyó una serie de categorías para definir tanto al espacio como a su gente. Apareció la idea de un *territorio ATCC*, conformado por las veredas de la cuenca alta del río Carare y la de *persona ATCC*, según si pertenecía o no a la asociación. El referente colectivo de un espacio común se plasmó en la iniciativa de constituir a La India en municipio de Santander, pero ésta fracasó ante la asamblea del departamento.

El reconocimiento de sus habitantes como comunidad comprometida con los lineamientos de la ATCC creó, en contraposición, la noción de extranjero. Aquel que de alguna manera no acataba los principios de la Asociación o quien llegaba a involucrarse con los actores armados era visto como forastero, sin importar el tiempo de permanencia en la región o el arraigo que tuviera con ella. Sin embargo, la masiva llegada de campesinos y la introducción del cultivo ilícito de la coca en 1997, desvaneció algunas de estas categorías pues mucha gente se apartó de la filosofía de la Asociación conformando un tejido social propio, paralelo al ya establecido. En relación con esto, un líder de la ATCC con quien nos entrevistamos en el Carare señaló lo siguiente:

Para mi concepto [el carareño] es todo aquel que llegue bien sea mañana, o que hubiera llegado hoy, el que haya llegado ahora hace cinco años pero el que llegue y se nivele como a esas condiciones que hay para vivir en el Carare. Como nosotros tenemos trazado un camino, una dirección, tenemos un norte. Pero todo el que llega para andar en retroceso de esa vaina no es carareño (Testimonio, habitante de la India en Galvis 2004:83)

Es de rescatar el papel de la ATCC en el proceso de construcción del territorio, pues su acción le dio al Carare la categoría de *territorio de paz* y por ende, permitió el desarrollo socio económico de la comunidad. También participó en la consolidación de referentes históricos y en consecuencia, de una historia común matizada por la hazaña y por los héroes que la emprendieron. Son estos, factores fundamentales en el proceso de territorialidad que surge, en la relación que se establece entre el espacio y la sociedad.

Hasta el año 2004, la ATCC venía gestionando un proceso de consolidación que le permitiera asimilar las transformaciones económicas, políticas y militares a las cuales se ha visto expuesta la región. Hablaba anteriormente, de la aparición y proliferación del cultivo ilícito de la coca; a esto hay que sumarle, la presión que han venido ejerciendo algunos grupos de autodefensa por obtener el control de esa economía ilegal, y el recrudecimiento del conflicto armado en el país como una tendencia general. Como opción sociopolítica la asociación ha sufrido cambios, fracturas, altibajos económicos, sociales y políticos. El apoyo y respaldo de las ONG, del gobierno y de la comunidad, no ha sido continuo y uniforme por lo que no es posible hablar de la ATCC como una sola. Se acepta que sus acciones han seguido una línea más o menos permanente en torno a la pertinencia de los diálogos con los grupos armados y al mantenimiento de la paz en la región; fortalecer esa línea y generar bienestar económico en La India y sus veredas aledañas, es la tarea que actualmente los ocupa.

Si bien la ATCC no es el único referente desde el cual se construye el territorio del Carare en la actualidad, sí considero que define una serie de parámetros que rigen a la comunidad que allí vive. Tal como se mencionó anteriormente, existen otros grupos que política, económica y socialmente, se apoderan del territorio y lo transforman a partir de sus intereses; es ese el caso de los grupos armados o de quienes se dedican a la industria ilícita del cultivo de coca. Recurro a la ATCC para este análisis debido a su importancia en la simbología colectiva local, a su papel como generador de desarrollo comunitario y a su constante acción contra la instrumentalización que guerrillas y paramilitares hacen de la población.

Conclusiones

He buscado sostener que el territorio, como producto social, es el resultado de acciones físicas, culturales, militares y políticas que intervienen en la relación que establecen las sociedades con las geografías. El caso concreto del Carare, muestra la diversidad de elementos que contribuyen a definir un espacio local como una construcción siempre móvil, proclive a transformaciones, pero siempre entrelazada en un mismo proceso. Acá se ha analizado un panorama general desde un imaginario común que sin duda no es el único; se dejaron de lado percepciones que seguramente poseen otra noción de lo que se ha descrito en estas páginas.

En la primera parte se resaltó la importancia de la colonización, el surgimiento de los imaginarios colectivos y el papel de las tecnologías en el establecimiento de una territorialidad. Luego se analizó el espacio como un producto histórico que se forjó

desde el surgimiento de los grupos armados y posteriormente de la ATCC; allí se rescatan elementos económicos, políticos, militares y culturales como instrumentos capaces de modificar el espacio físico y simbólico. Además, se resalta el papel de una iniciativa civil que desde la oposición a la alternativa armada, consolidó procesos locales y fortaleció la participación de las comunidades en el porvenir que les compete.

Lo anterior nos sugiere entender que el territorio se construye desde la multiplicidad de relaciones que pueden surgir entre la sociedad y el espacio. Su definición esta sujeta al reconocimiento de una geografía y para quién esa geografía. Es el resultado de factores que operan sobre lo físico y lo simbólico y que hacen que ambos interactúen constantemente.

También es necesario considerar la dificultad que implica definir un espacio a partir de los límites que lo determinan, pues estos son inestables, móviles y por lo tanto relativos; son una producción constante. En ese sentido, este ejercicio es más un intento por presentar una situación extremadamente compleja, a partir de los hallazgos y la investigación que se realizó durante el trabajo de campo. No se trata de definir la realidad sociológica de una región históricamente constituida. Su objetivo es el de analizar una serie de datos y experiencias para, a partir de allí, construir un discurso que contribuya al mejor entendimiento de un proceso social.

Finalizo mencionando cómo el espacio y la sociedad se determinan entre sí como figuras complementarias y no a partir de una relación jerárquica donde el espacio determine a la sociedad o viceversa. En el caso concreto del Carare se observa que existe una constante complementariedad entre las nociones que parten de la comunidad para actuar sobre el espacio y las que surgen de éste para determinar a la misma gente.

Bibliografía

182

Libros

- Alonso, Manuel Alberto. 1997. *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Fajardo, Darío y Héctor Mondragón. 1997. *Colonización y estrategias de desarrollo*. Bogotá: IEPRI, IICA, Ministerio de Medio Ambiente.
- García, Alejandro. 1996. *Hijos de la violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a "golpes" de paz*. Madrid: Los libros de Catarata.
- Le Grand, Catherine. 1988. *Colonización y Protesta campesina en Colombia. 1850 – 1950*. Bogotá: Editorial UN.
- Martínez Garnica, Armando. 1996. *La provincia de Mares. Origen de sus poblamientos urbanos Bucaramanga*: Ediciones UIS.
1997. *La provincia de Vélez. Origen de sus poblamientos urbanos*. Bucaramanga: Ediciones UIS.

- Medina Gallego, Carlos. 1990. *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*. Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos.
1994. *La violencia parainstitucional, paramilitar y parapolicial en Colombia*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores.
- Molano, Alfredo. 1987. *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Murillo Posada, Amparo. *Un mundo que se mueve como el río. Historia regional del Magdalena Medio*. Bogotá: ICAN y PNR.
- Olave Ayala, Hernando. 1997. *Caminos de historia en el Carare – Opón*. Bogotá: Editorial López Ruiz.
- Ramos Peñuela, Arístides. 2000. *Caminos al Río Magdalena: la frontera del Carare y del Opón. 1760 – 1860*. Bogotá: Editorial ICCH.
- PNUD. 2003. *El conflicto: un callejón con salida. Informe nacional de desarrollo humano para Colombia*. Bogotá: PNUD.

Artículos

- Fajardo, Darío. 1996. Fronteras, colonizaciones y construcción social del espacio, En *Frontera y poblamiento: Estudios de historia y antropología en Colombia y Ecuador*. Bogotá: IFEA.
- García, Clara Inés. 2003. Enfoques y problemas de la investigación sobre territorios de frontera interna en Colombia, En *Fronteras territorios y metáforas*. Medellín: Editorial Hombre Nuevo. INER.
- Grimson, Alejandro. 2003. Los Procesos de fronterización: flujos, redes e historicidad, En *Fronteras territorios y metáforas*. Medellín: Editorial Hombre Nuevo. INER.
- Lonoño, Jaime Eduardo. 2003. La frontera: un concepto en construcción, En *Fronteras territorios y metáforas*. Medellín. Editorial Hombre Nuevo. INER.
- Pizarro, Eduardo. 1996. La guerrilla revolucionaria en Colombia, En *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (G. Sánchez comp.) Bogotá: CEREC.
- Rementería, Ibán. 1996. Hipótesis sobre la violencia reciente en el Magdalena Medio, En *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (G. Sánchez comp.) Bogotá: CEREC.
- Vargas, Gloria María. 2003. Fronteras: espacios conceptuales y materiales en el contexto de la geografía, En *Fronteras territorios y metáforas*. Medellín: Editorial Hombre Nuevo. INER.

Tesis y Documentos

- Galvis, Santiago. 2004. *Colonización y construcción de territorio en el Carare*. Tesis inédita. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- PDI. *Plan de Desarrollo Integral. Área de influencia de la ATCC. 2004-2014*. Programa de Desarrollo Regional (PDR) y Corporación de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (CDPMM). 2003.